

Para un Macondo al alcance de los niños

Rigoberto Gil Montoya

Cien años de soledad fue escrita para niños. Desde el momento en que alguien expresa que, años más tarde, frente al pelotón de fusilamiento, un coronel de apellido Buendía volvería con sus recuerdos a exaltar la tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo, sabemos de antemano que, a pesar de su desamparo, de sus treinta y dos revueltas reducidas a un solo fracaso, de sus diecisiete hijos que fueron exterminados, salvo uno, en una noche de infortunio y conspiración, que a pesar de su lucha por una causa que ya viejo justifica con simpleza infantil diciendo que peleó durante toda su vida para que no le pintaran la casa de azul, solo hasta entonces el lector comprueba, no sin asombro, que los viejos continuaban siendo unos niños desesperados que temen más a los vivos que a los fantasmas.

Por eso Prudencio Aguilar puede acompañar el éxodo hacia el lugar sin límites donde fuera edificada Macondo. También Melquiades, el gitano sabio, puede permanecer en un cuarto de alquimia y soledad, en la casa grande de Úrsula, luego de haber muerto en los médanos del sur. Ahora se ha puesto en la tarea de custodiar, hasta el final de los días posteriores a la masacre de las bananeras, los pergaminos que refieren en sánscrito, y en varias claves lingüísticas heredadas de otros siglos, la vida y milagros de una estirpe que asumió la vida como la búsqueda irrefrenable del amor, “un sentimiento tan simple y primitivo”, como se lee en la novela. De ahí también que José Arcadio Buendía, aquel hombre que por elemental honor mató a Prudencio Aguilar y que cargó con su muerte hasta el final — pues el muerto se convirtió en un viejo amigo y compañero en las tinieblas de la irrealidad — logre asombrar-

se con las novedades, entre ellas máquinas maravillosas de ilusión, que los gitanos, esos seres trashumantes, cargan en sus caravanas desde el otro lado del mundo.

Solo un niño sería capaz de utilizar un imán para desenterrar los objetos de otros tiempos. Solo uno de ellos sería capaz de utilizar un daguerrotipo para demostrar la existencia de Dios. Solo un niño podría descubrir, después de muchas jornadas de trabajo y cavilaciones que, en efecto, la tierra es redonda. Solo uno de ellos se dedicaría a fabricar pescaditos de oro con la paciencia de un sabio alquimista. Solo un ser infantil podría elevarse al cielo entre los pliegues de unas sábanas blancas. Solo unos niños protestarían en el cine porque un actor que murió la noche anterior resucita, sin que nadie lo explique, en otra película y en el cuerpo de otro personaje. Solo ellos podrían confundir, entre las páginas de una enciclopedia inglesa, la figura de un guerrero tártaro con la figura escuálida del coronel Aureliano Buendía, vivificado por la leyenda; es decir, por ese acordeón que insistió en arrugarse y estirarse durante el tiempo en que Macondo aún fue un lugar sobre la tierra, a la orilla de un río de aguas diáfanas y piedras prehistóricas.

¿Y por qué esta novela de García Márquez, cincuenta años después de haber sido escrita en una casa de barrio de Ciudad de México, sigue sorprendiendo al mundo? Quizá porque somos niños, y, como diría Lewis Carroll, aún tenemos miedo a que llegue la noche y con ella el deslumbramiento por el misterio.

Cuando despertaron, ya con el sol alto, se quedaron pasmados de fascinación. Frente a ellos,

rodeados de helechos y palmeras, blanco y polvoriento en la silenciosa luz de la mañana, estaba un enorme galeón español. Ligeramente volteado a estribor, de su arboladura intacta colgaban las piltrafas escuálidas del velamen, entre jarcias adornadas de orquídeas. El casco, cubierto con una tersa coraza de rémora petrificada y musgo tierno, estaba firmemente enclavado en un suelo de piedras (...) En el interior, que los expedicionarios exploraron con un fervor sigiloso, no había nada más que un apretado bosque de flores.

Así, en medio de tal exuberancia se erigía Macondo con aire de timidez próspera, cuando las cosas eran tan recientes, que incluso algunas carecían de nombre o podían señalarse con la mano. El contacto con el mundo exterior se debió a la llegada de los gitanos trotamundos. Con estos seres de circo, arropados por el hálito mágico de las carpas y de los objetos que sembraban terror y asombro entre los aldeanos, Macondo conoció enfermedades que cruzaban océanos, lugares de encantamiento, horizontes de nombres legendarios. Así, se tuvo noticia de los sabios alquimistas de Macedonia; del último descubrimiento de los judíos de Amsterdam; del curioso estudio del monje Hermann; de las fórmulas de Moisés y Zósimo; de las predicciones de Nostradamus; del vitriolo de Chipre; de las incursiones temerarias de corsario inglés Sir Francis Drake por los desiertos de Riohacha. Supieron que existían enfermedades terribles como la peLAGRA de Persia, el escorbuto del archipiélago de Malasia, la lepra de Alejandría, el beriberi del Japón, la peste bubónica de Madagascar. Y descubrieron que en Sicilia había habido un terremoto y que era posible naufragar en el estrecho de Magallanes. Esta geografía digna de Stevenson y Simbad el marino, fue la misma que José Arcadio Buendía transmitió a sus hijos Aureliano y José Arcadio:

En el cuartito apartado, cuyas paredes se fueron llenando poco a poco de mapas inverosímiles y gráficos fabulosos, les enseñó a leer y escribir y a sacar cuentas, y les habló de las maravillas del

mundo no sólo hasta donde le alcanzaban los conocimientos, sino forzando a extremos increíbles los límites de su imaginación. Fue así como los niños terminaron por aprender que en el extremo meridional del África había hombres tan inteligentes y pacíficos que su único entretenimiento era sentarse a pensar, y que era posible atravesar a pie el mar Egeo saltando de isla en isla hasta el puerto de Salónica.

Así fue creándose una geografía que los adelantados hijos del fundador lograron albergar para siempre en su memoria, pues aquella frase inicial de la novela, ese “Muchos años después...” que promete un tiempo de aplazamiento, en cuyo largo intervalo las circunstancias extraordinarias de los Buendía solían resolverse, por lo simples, de la manera menos esperada, supone también una larga cadena de acontecimientos en la que se verán reflejados todos los infiernos y paraísos de los hombres, antes de ser arrasados por el polvo pestilente de la muerte. Mientras ello ocurre, seguirían dibujando en sus destinos a los sabios de Memphis, a Francisco El Hombre, al acordeón de Sir Walter Raleigh de paso por la Guayana, a las expediciones del Barón Von Humboldt, a la par que intentarían hacer serias travesías por los médanos de Singapur y el mar de Java, por el golfo de Bengala y el sopor eterno del Caribe, en busca tal vez de la nave del corsario Victor Hugues.

Después de inventarse una geografía y de hacer del amor una búsqueda, la estirpe de los Buendía presenció, impávida, el arribo de los gitanos y, con ellos, vio llegar como en una procesión todos los adelantos del mundo occidental: el catalejo, el daguerrotipo, el tren, el cine, el gramófono, el teléfono y el automóvil. Solo el visionario Melquiades, oculto bajo el aire espeso del cuarto de alquimista, fue el único capaz de resistir a la tentación de aquellos inventos magníficos, y tuvo la lucidez suficiente para escribir, paso a paso, la historia de una familia que consiguió crecer al interior de una casa sostenida por una mítica mujer, Úrsula Iguarán. Después de los inventos llegó la destrucción,

el cataclismo universal. Justo en ese momento anida el silencio y aunque aún tenemos miedo a que llegue la noche, ese niño que habita en nosotros, busca en la oscuridad los pergaminos de un gitano nómada.

La figura de Melquiades parece el esbozo de un viejo sabio, perdido en el relato de una encantadora Sherezade. Sus pergaminos históricos y su visión asombrosa de un tiempo que vendrá y se hará memoria fatal en el destino de una aldea que sucumbió a la fiebre del banano, convierten la historia de Macondo en un tejido de rumores y saberes. Aquel “gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión” supo, desde algún resquicio etéreo del mundo árabe y desde mucho antes de que José Arcadio se fijara en su prima Úrsula Iguarán, toda la historia de los Buendía. La escribiría él mismo, en una lengua antigua, que solo Aureliano Babilonia, con su “fatalismo enciclopédico”, sería capaz de traducir. La escribiría en rollos de pergaminos ásperos, con el fin de que Aureliano Babilonia los tradujera en casa de Amaranta Úrsula. Aureliano pudo hacerlo después de que encontrara, en los anaqueles de la librería del Sabio Catalán en la Calle de los Turcos, un manual de sánscrito. En esos pergaminos se vaticinaba un porvenir, se anunciaba el destino de una estirpe. Solo hasta el final sabremos qué significado tiene en los pergaminos el destino trágico de un niño con cola de cerdo y de cientos de colonias de hormigas que devoran el mundo material de Macondo.

Un niño sentirá pavor frente a la escena en que las hormigas arrastrarán el pellejo último de la estirpe de los Buendía. Sentirá frío en la sole-



Pedro Ruiz. *Ocobó*. Acrílico sobre madera. 41.5 x 37.5 cm. 2009. Del proyecto Oro: espíritu y naturaleza de un territorio

dad de las calles de un pueblo triste y monótono. Y sentirá temor de que los vientos huracanados terminen por elevarlo, rumbo al hado misterioso de Remedios, la bella.

Referencia

García Márquez, G. (2004). *Cien años de soledad*, Madrid, Cátedra.

Rigoberto Gil Montoya es ensayista y narrador y se desempeña como docente en la Universidad Tecnológica de Pereira. Especialista en Literatura Hispanoamericana y Magíster en Comunicación Educativa, es Doctor en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Algunos de sus libros son: *El laberinto de las secretas angustias*, *La urbanidad de las especies*, *Perros de paja*, *Arlt y Piglia: conspiradores literarios*, *Plop* y *Mi unicornio azul* (Premio Nacional de Literatura Universidad de Antioquia en 2014). Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.